



II.

**E**L padre de Carlos Deslauriers, antiguo capitán de infantería, dimisionario de 1818, volvió á Nogent á casarse, y con el dinero de la dote había comprado una plaza de alguacil de corte, que apenas le bastaba para vivir. Agriado por grandes injusticias, sufriendo con sus antiguas heridas, y echando siempre de menos al Emperador, desahogaba en las gentes que le rodeaban las cóleras que le mortificaban. Pocos niños fueron más golpeados que su hijo. El pillete no cedía, á pesar de los golpes. Cuando su madre trataba de interponerse, se veía tan maltratada como el chico. Por fin, el capitán le colocó en su estudio, y todo el día le

tenía inclinado sobre el pupitre, copiando documentos, cosa que le produjo el desarrollo del hombro derecho, visiblemente mayor que el otro.

En 1833, el señor presidente le invitó a que vendiera su estudio, lo cual hizo. Su mujer murió de un cáncer. Fuése él a vivir a Dijon; después se estableció, como procurador, en Troyes; y habiendo obtenido para Carlos media beca, le llevó al colegio de Sens, donde Federico le recordó. Pero el uno tenía doce años y el otro quince; además mil diferencias de carácter y de origen les separaban.

Federico encerraba en su cómoda toda clase de provisiones, cosas excelentes, un neceser de aseo, por ejemplo. Gustaba de levantarse tarde, mirar las golondrinas, leer obras dramáticas, y echando de menos las dulzuras de su casa, encontraba penosa la vida del colegio.

En cambio parecía buena al hijo del alguacil. Trabajaba tanto, que al cabo del segundo año pasó a la Tercera. Sin embargo, a causa de su pobreza ó de su carácter pendenciero, le rodeaba una sorda malevolencia. Pero una vez que un criado le llamó hijo de mendigo, en pleno patio de los *medianos*, le saltó al cuello, y le hubiera matado sin tres profesores de estudios que intervinieron. Federico, lleno de admiración, le estrechó entre sus brazos. A par-

tir de ese día su intimidad fué completa. El afecto de un *grande* (de un *mayor*) lisonjeó, sin duda, la vanidad del *pequeño*, y el otro aceptó como una felicidad aquel sacrificio que le ofrecía.

Su padre le dejaba en el colegio durante las vacaciones,

Una traducción de Platón, que encontró por casualidad, le entusiasmó. Y entonces se apasionó por los estudios metafísicos y sus progresos fueron rápidos, porque se entregaba con fuerzas juveniles y con el orgullo de una inteligencia que se emancipa. Jouffroy, Cousin, Laromiguière, Mallebranche, los Escoceses, cuanto la biblioteca contenía, otro tanto aprendió; hasta tuvo necesidad de robar la llave para procurarse libros.

Las distracciones de Federico eran muy serias. Dibujó, en la calle de Trois-Rois, la genealogía de Cristo, escultura hecha en un poste; luego el pórtico de la catedral. Después, de los dramas de la Edad Media, leyó las memorias: Froissart, Comines, Pedro de l'Estoile, Brantôme.

Las imágenes que aquellas lecturas llevaban a su espíritu, le dominaban tan por completo, que experimentaba la necesidad de reproducirlas. Ambicionaba ser un día el Walter Scott de Francia. Deslauriers meditaba un vasto

sistema de filosofía, que tuviera las más lejanas aplicaciones.

Hablaban de todo aquello durante los recreos, en el patio, enfrente de la inscripción moral pintada debajo del reló; cuchicheaban en la capilla, en las barbas de San Luis; soñaban en el dormitorio, desde el cual se dominaba el cementerio. Los días de paseo, se colocaban detrás de los demás, y hablaban interminablemente.

Hablaban de lo que harían mucho más tarde, cuando salieran del colegio. Primero, emprenderían un gran viaje con el dinero que Federico recibiría de su fortuna, á la mayor edad. Luego volverían á París, trabajarían juntos, no se separarían; y como descanso de sus trabajos, tendrían amores de princesas en tocadores de raso, ó fulgurantes orgías con ilustres cortesanas. Algunas dudas se presentaban después de sus entusiasmos de esperanza, después de crisis de alegre facundia, cayendo en profundo silencio.

Las noches de verano, cuando habían andado mucho tiempo por los caminos pedregosos, por las orillas de los viñedos, ó por el camino real en pleno campo, y los trigos ondulaban al sol, mientras perfumes de angélica embalsamaban el aire, una especie de sofocación les sobrecogía y se echaban de espaldas

aturdidos, embriagados. Los demás, en mangas de camisa, jugaban á la barra ó lanzaban globos. El criado les llamaba. Se volvía, siguiendo los jardines que atravesaban arroyuelos, luego los bulevares sombreados por los viejos muros; en las calles desiertas se oían sus pasos; la verja se abría, subían la escalera como después de grandes desórdenes.

El señor censor pretendía que se exaltaban mutuamente. Sin embargo, si Federico trabajaba en las clases de altos estudios, era por las exhortaciones de su amigo; y en las vacaciones de 1837, le llevó á casa de su madre.

El joven desagradó á la señora de Moreau; comió extraordinariamente, rehusó asistir los domingos á la misa, mantenía ideas republicanas; por fin, creyó que había conducido á su hijo á lugares deshonestos. Se vigilaron sus relaciones y por eso se quisieron más. Su despedida fué penosa, cuando Deslauriers, al año siguiente, dejó el colegio para estudiar Derecho en París.

Federico pensaba reunirse con él. No se habían visto hacía dos años, y cuando sus abrazos terminaron, se fueron hacia los puentes para poder hablar con mayor libertad.

El capitán, que tenía por entonces un billar en Villenauxe, se había puesto rojo de cólera cuando su hijo le había reclamado las

cuentas de su tutela, y hasta le había suprimido los alimentos netamente. Pero como trataba de presentarse más tarde a concurso, para una cátedra de profesor de la escuela, y no tenía dinero, Deslauriers aceptó en Troyes una plaza de pasante en casa de un abogado. A fuerza de privaciones economizaría cuatro mil pesetas, y si no había de tomar nada de la herencia materna, siempre tendría con que trabajar libremente, durante tres años, esperando hacerse una posición. Era preciso, pues, abandonar su antiguo proyecto de vivir juntos en la capital, por el presente á lo menos.

Federico bajó la cabeza; aquél era el primero de sus sueños que se desvanecía.

—Consuélate—dijo el hijo del capitán—la vida es larga; somos jóvenes, Ya me reuniré á tí. No pienses más en ello.

Le estrechaba las manos, y para distraerlo, le hizo varias preguntas acerca de su viaje.

Federico no tenía grandes cosas que contar. Pero al recuerdo de la señora de Arnoux, desapareció su pena. No habló de ella, contenido por pudor; en cambio se extendió respecto de Arnoux, refiriendo sus ideas, sus maneras, sus amistades; y Deslauriers le animó mucho para que cultivara aquellas relaciones.

Federico, en aquellos últimos tiempos, no había escrito nada; sus opiniones literarias ha-

bían cambiado; estimaba por encima de todo la pasión; Werther, René, Franck, Lara, Lélia y otros más medianos le entusiasmaban casi igualmente. A veces la música le parecía la sola capaz de expresar sus turbaciones interiores; entonces soñaba sinfonías; ó le dominaba la superficie de las cosas, y quería pintar. Había compuesto versos, sin embargo. Deslauriers los encontró muy hermosos, pero sin pedir que le dijera más.

El, á su vez, se había apartado de la metafísica. La economía social y la revolución francesa le preocupaban. En aquella época era un gran diablo de veintidos años, flaco, con una boca ancha y aire resuelto. Aquella noche llevaba un mal paletó de lastén, y sus zapatos estaban blancos de polvo, porque había andado á pie el camino de Villenauxe, expresamente para ver á Federico.

Isidoro se acercó á ellos.

La señora rogaba al señorito que volviera, y temiendo que hiciera frío le enviaba su capa.

—Quédate—dijo Deslauriers.

Y continuaron paseándose de uno á otro extremo de los dos puentes que se apoyaban en la estrecha isla que forman el canal y el río.

Cuando iban del lado de Nogent, tenían enfrente un grupo de casas que se inclinaban algo; á la derecha, la iglesia aparecía detrás de

los molinos de madera, cuyas compuertas estaban cerradas; y á la izquierda los setos de arbustos, á lo largo de la orilla cercaban algunos jardines que apenas se veían. Pero del lado de París, el camino real bajaba en línea recta, y las praderas se perdían á lo lejos en los vapores de la noche, que era silenciosa y de blanquecina claridad. Olores de húmedo follaje subían hasta ellos, y la caída de la presa, cien pasos más allá, murmuraba con ese gran ruido dulce que hacen las olas en las tinieblas.

Deslauriers se paró y dijo:

—Esas buenas gentes que duermen tranquilas; es gracioso. ¡Paciencia! Un nuevo 89 se prepara. ¡Ya se está cansado de Constituciones, de cartas, de sutilezas, de mentiras! ¡Ah, si yo tuviera un periódico ó una tribuna, cómo sacudiría todo eso! Pero para emprender cualquier cosa es preciso dinero. ¡Qué maldición, ser hijo de un cantinero, y perder uno su juventud buscando el pan!

Bajó la cabeza, se mordió los labios, y tiraba debajo de su delgado traje.

Federico le echó la mitad de su capa sobre los hombros; envolviéronse ambos, y abrazados por la cintura, andaban abrigados y juntos.

—¿Cómo quieres que yo viva allá, sin tí?—decía Federico. La amargura de su amigo le había vuelto á enternecer. —Yo habría hecho

algo con una mujer que me hubiera amado... ¿Por qué te ríes? El amor es el alimento y como la atmósfera del genio. Las emociones extraordinarias producen las obras sublimes. En cuanto á buscar la que yo necesitaría, renuncio á ello. Además, si alguna vez la encuentro, me rechazará ella. Soy de la raza de los desheredados, y me extinguiré con un tesoro que sería de estrás ó de brillante, no lo sé.

La sombra de alguno se reflejó en el piso, al mismo tiempo que oyeron estas palabras:

—Servidor, señores.

El que las pronunciaba era un hombrecillo, con ancho levitón oscuro y gorra, cuya visera dejaba asomar una nariz afilada.

—El Sr. Roque—dijo Federico.

—El mismo—respondió la voz.

El de Nogent justificó su presencia, contando que volvía de vigilar sus trampas para lobos, en su jardín, á orillas del agua.

—¿Y ya está Vd. de regreso en nuestro país? Muy bien. Lo he sabido por mi chiquilla. La salud siempre buena ¿verdad? ¿Aún no se retira Vd.?

Y se marchó, mortificado, sin duda, por la acogida de Federico.

La señora de Moreau, con efecto, no le trataba; el tío Roque vivía en concubinato con su criada, y era poco considerado, aunque fuese el

gancho de las elecciones, el administrador del Sr. Dambreuse.

—¿El banquero que vive en la calle de Anjou?—preguntó Deslauriers.—¿Sabes lo que debías hacer, excelente amigo?

Isidoro les interrumpió de nuevo. Tenía orden de llevarse á Federico, definitivamente. La señora se inquietaba por su ausencia.

—Bien, bien, ya se vá—dijo Deslauriers—no se quedará sin acostarse.

Y cuando el criado se marchó, añadió:

—Debías rogar á ese viejo que te introdujera en casa de los Dambreuse; nada es tan útil como frecuentar una casa rica. Puesto que tienes un frac negro y unos guantes blancos, aprovéchalos. Es preciso que vayas á esa sociedad; tú me llevarás luego á mí. ¡Un hombre millonario, piénsalo bien! Arréglate de modo que le agrades y también á su mujer. Sé su amante.

Federico protestaba.

—Pues te digo cosas clásicas, me parece. Recuerda á Rastignac en *La comedia humana*. Tú triunfarás, estoy seguro.

Federico tenía tal confianza en Deslauriers, que se sintió vencido, y olvidando á la señora de Arnoux, ó incluyéndola en la predicción hecha respecto de la otra, no pudo impedir una sonrisa.

El pasante añadió:

—Último consejo: examínate. Un título siempre es bueno, y abandona resueltamente tus poetas católicos y satánicos, tan adelantados en filosofía como se estaba en el siglo XII. Tu desesperación es muy tonta. Personajes más importantes tuvieron en sus principios mayores dificultades, comenzando por Mirabeau. Además, nuestra separación no será tan larga. Yo haré vomitar al tramposo de mi padre. Ya es tiempo de que me vuelva. Adiós. ¿Tienes cinco pesetas para pagar mi comida?

Federico le dió diez, resto de la suma que por la mañana le entregó Isidoro.

A veinte metros de los puentes, á la orilla izquierda, brillaba una luz en el desván de una casa baja.

Deslauriers la vió, y dijo enfáticamente, quitándose el sombrero:

—Vénus, reina de los cielos, servidor. Pero la penuria es la madre de la prudencia. ¡Cuánto nos han calumniado por eso! ¡Misericordia!

Aquella alusión á una aventura común les puso alegres; reían muy alto por las calles.

Luego, pagado su gasto en la posada, Deslauriers acompañó á Federico hasta la encrucijada del Hotel-Dieu, y después de un prolongado abrazo, se separaron los dos amigos.





### III.

**D**OS meses más tarde, Federico, que llegó por la calle Coq-Héron, pensó inmediatamente en hacer su gran visita.

La casualidad le había servido. El tío Roque había ido á llevarle un rollo de papeles, rogándole que personalmente los entregara en casa del Sr. Dambreuse, y acompañaba el envío de una carta abierta presentando á su joven compatriota.

La señora de Moreau se mostró sorprendida de aquél paso, y Federico disimuló el placer que le causaba.

El Sr. Dambreuse, se llamaba en realidad el